

CIERVOS

AGUSTÍN DE JULIÁN

El primer ciervo estaba a la puerta del laberinto.
Era invisible,
pero la hierba azul se hundía con la forma de sus pezuñas,
mientras el viento hacía sombras sonoras
entre sus astas.

Yo era muy pequeño
Pero lo sentía con certeza.

No era un animal,
Era la llave que abría la puerta del misterio,
que como una cúpula infinita
iba cubriéndolo todo.

El segundo ciervo estaba hecho de silencio,
pero tenía noventa y nueve nombres
con los que se formaba la fisonomía de uno solo.

Al verlo me estremecí,
tocó con un asta en mi boca
y me abrasó los labios
como el sol abrasa las palabras
en cada ocaso.

Me convertí en furtivo
para nombrarlos uno a uno;
al llegar al último,
mi tristeza cayó como un cometa ardiendo.
Mi boca sanó,
mis 1ª grimas eran frescas.
Me rendí,
le amé sin nombre
y se escondió.

El tercer ciervo,
la memoria, la mía y la de todos.

Sus ojos eran un espejo,
una alberca que el viento no turbaba,
donde al mirar,
sin razón todo se comprende,
el tiempo y el destino.

Su aliento emborrachaba con gozo,
su cuerpo quieto
se movía como una danza misteriosa,
sus astas se alzaban como el fuego,
su piel brillaba como el agua,
su fuerza era un precepto.

Me desnudé, monté sobre su lomo.
No era un animal,
era un rapto.
Mi corazón latía apresuradamente.



El tercer ciervo (Paula Fraile)

El cuarto ciervo
traía a mi padre sobre el lomo
y mi madre le daba de comer.

Era de color blanco y negro,
perfectamente dividido.

Sobre su piel
estaba escrita gran parte de mi vida.

En sus puntas
jirones de mis sueños.

No era un ciervo,
era un árbol.

El quinto ciervo
traía a los ángeles
por la calle de la amargura.

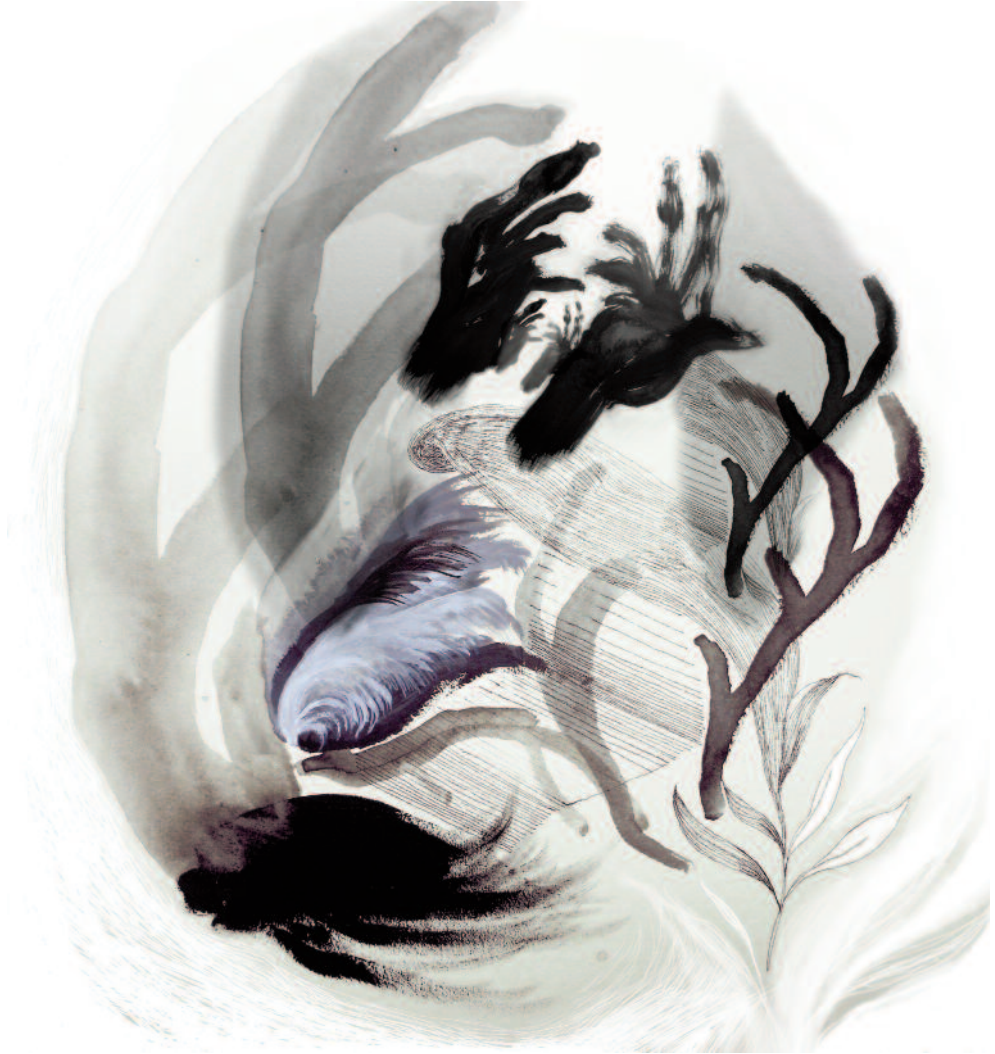
No era un animal,
solamente era una estrategia,
un desafío llegando de lo hondo,
un ala fría y negra.

Su turbión me rozó
y busqué una mano a donde asirme.

El sexto ciervo
aparecía siempre al lado de algo bello,
era especialista en formas y esencias.

Sus astas tenían muchas puntas
y era una leyenda.

Inmenso,
inabarcable.
Solo se le podía tocar
como a una piel infinita y tibia,
así pues, era imposible verlo por completo
por mucho que se deseara.



El sexto ciervo (Paula Fraile)

El séptimo ciervo tenía innumerables alas,
no era un ciervo era una mujer.

Vi un niño sobre la piedra de los abandonos,
y oí que el ciervo decía:
Venid a ver el aspecto de un héroe
y aprended,
pues por mucho talento que se tenga,
uno no puede luchar contra el destino.

Sabed que un hombre no llora por cualquier cosa,
un hombre sólo llora cuando su corazón se rompe.

Llené por última vez su copa como una ofrenda
y volé.

Era el amor que sube hasta los cielos
y penetra hasta los últimos rincones de la tierra.

El octavo ciervo no era un ciervo
era un aroma nuevo y conocido.

Su dibujo eran dos serpientes entrelazadas
Eran las colinas verdes desangradas en espejos,
donde se veía el espíritu blanco del invierno
enganchado en las ramas más frágiles del árbol.

El viento cosía mis labios,
el frío rayaba mis ojos,
pero el amarillo manchaba mis ropas
que empezaban a latir.

Un sabor implacable que tenía la dulzura de la justicia.

El noveno ciervo,
una luz pequeña,
luego, debía ser de noche.

No era un ciervo, era un ángel raro
y cantó como un pájaro:
Alma mía
¿por"qu² frente a mí permaneces en silencio?

Entonces corté mis cabellos
y los puse frente a sus pies,
luego vino el viento y se llevó mi luctuosa ofrenda,
pero la luz siguió resplandeciendo.

El décimo ciervo tenía rumor de cuna
y deshacía la nieve con su hocico.

Alzado como un templo,
su sombra era como una mancha de vino.

Volaba en un estandarte sobre mi cabeza,
bebía entre dos rocas
de un río interminable,
en un paisaje atado por dos ángeles
a punto de dormirse, como un vago recuerdo.

El corazón nauta ya aprestaba su nave.

El undécimo ciervo no era esperado,
aguardaba silencioso
como un deseo al que se ha renunciado,
una gema apagada en un cuenco de olvido.

La sombra de sus astas
dibujaban el mapa de un río inmenso,
con cientos de afluentes.

Cuando se disipó la niebla de la mañana
quedó una mañana absoluta.

El cuenco se volcó,
sonó algo en el aire,
volaba un ave con mi nombre mas íntimo,
era un enviado.

Me asusté y perdí el equilibrio,
sujetándome por la espalda
me susurró al oído:
El corazón aunque no lo creas siempre está en pie.



El undécimo ciervo (Paula Fraile)

El último ciervo que vi
estaba tumbado en el horizonte,
parecía un árbol.

Al acercarme se hizo la noche,
y el ángel negro
dibujó un círculo de plata.

No era un ciervo,
era mi pelo blanco.

Cansado me senté
y esperé a la aurora.



El último ciervo (Paula Fraile)

El ciervo saltó,
el salto continuaba.

Yo no lo vi.

No era un ciervo,
era una saeta encendida,
una decisión acertada
en busca de su blanco.

Luego se apagó
en un silencio de ángel.

Todo quedó olvidado
y dispuesto para el comienzo.

Así me lo contaron.